

JULIO HERRERA Y REISSIG

Rafael Alberti (*)

Días de héroe estos uruguayos, de su vida memoria, reavivada en sus huesos, en la armadura que sostuvo, torre alta de los panoramas, los cuatro vientos creadores de su espíritu.

¡Quién había de decirme a mí, allá, a mis veinte años, cuando por vez primera, acompañado de algún imberbe poeta amigo, repetía fragmentos -una cuarteta averiada, un terceto rozado, una décima con lagunas- de Julio Herrera y Reissig por aquellos verdes declives de la Moncloa madrileña, ante el azul del Guadarrama en lejanía; quién había de decirme a mí, digo, que veinte años más tarde iba a verme en la patria del poeta, en estos días suyos, rodeado de su pueblo y traído por sus nobles amigos!

Días de héroe. De héroe, sí, aún más que el militar que ciñe la exclusiva de este título. Porque yo veo a vuestro poeta -en la vida, en la obra- más cercano a la idea del héroe hesiódico, el héroe humano campesino, que del divino, homérico. Veo, al pensar en él, a ese heroico trabajador del campo, a ese paciente, duro y tierno hombre de las labores de la tierra. Poeta obstinado, Herrera y Reissig, de la arada y la búsqueda por los terrenos vírgenes, esos que hay que estriar primero en surcos para la sembradura y esperar luego -una afanosa, inquieta espera- se abran en fruto milagroso, ya de jardín o huerto verdecidos.

El poeta despierta antes de las sangrientas quebraduras del alba, sorprendiéndole, ya armado para las ignoradas faenas, el primer

(*) En ocasión del otorgamiento del premio Cervantes 1996, viajó a España -para formar parte del jurado- el Presidente de la Academia Nacional de Letras del Uruguay, Arq. Antonio Cravotto. Su estadía en Madrid incluyó la asistencia a una junta de la Real Academia Española, en la que intervino con un cálido saludo, hizo entrega a la corporación de un ejemplar del libro *Federico García Lorca y su mundo* de José Mora Guarnido y dio lectura a las palabras de homenaje que Rafael Alberti rindió a Julio Herrera y Reissig en 1943, a treinta años de la muerte del poeta uruguayo, palabras de las que el propio Cravotto había sido testigo una mañana del otoño montevideano.

El texto de Rafael Alberti, publicado ese mismo año en la revista *Alfar* (Año XXI, N° 83, p. 6), es el que se reedita ahora, en recuerdo del gran poeta español, cuyo exilio lo llevó a residir, entre otras tierras, en nuestro país.

espada de la luz. Por una misteriosa puerta, sale, audaz, a la nada, a la región de lo increado, de lo todavía sin nombre. El rocío, aunque de él vaya cubierto, aún no se llama así. Todo, en lo atónito, espera del poeta su reconocimiento, su toque de gracia, su agua bautismal. Es el instante trascendente, el inicio del laboreo. Tiene el poeta, esteva en mano, reja en lo hondo de la entraña terrena, que hace surgir los montes, brotar el mar, acarrear el agua al lecho de los ríos, empujar las nubes, ordenar en la umbría los rebaños, poner la alada risa en los labios del niño, el grito en el varón, saltar vías de estrellas del pecho lleno de hembra. Y el poeta va a sonreír quizás ante lo creado, casi dispuesto a tomarse un respiro. Pero ya todo gira entrechocando, violentas furias desatadas. Es el momento heroico de la lucha. La prueba, a vida o muerte. Entonces el poeta, para quien todavía el miedo continúa sin nombre, rebasado por sus propias fuerzas creadas, en una confusión de seres y denominaciones, lo tergiversa todo, barajando las luces y las sombras, logrando al fin saltar, empapado de véspero o de alba, en una metamorfosis victoriosa. Así Herrera y Reissig, poeta grande del riesgo y la aventura, funda, en una sorprendente, impar Arcadia, de la que él es sólo el dueño, sus “Extasis de la Montaña”, o en un a tientas comienzo alza, como sobre espectrales arenas movedizas su “Torre de las esfinges”, para mí, con las “Soledades” y “El Polifemo” de Góngora, una de las más intrépidas arquitecturas levantadas en lengua castellana.

Merecía, sí, este héroe vuestro, nuestro, estos días de verdor, de fresca agua ancha y agradecida para su memoria. Pienso que por primera vez hoy -y no en aquel lejano marzo de 1910, cuando Zum Felde, en la sola mañana de su muerte, dijo, ante el poeta en tierra, con palabras de cólera y justicia, la defensa de su pura vida de hombre-, pienso que por primera vez se celebran las verdaderas honras de Julio Herrera y Reissig. Exequias populares, de todo un pueblo, de arriba abajo: desde sus más altas cabezas guadoras hasta los pechos y pupilas anónimos, estos que aún sin conocerlo van a guardar y a repetir con más unción, de ahora en adelante, el nombre del poeta.

Hoy, en aquella Europa que dejó de ser mía, aquella triste Europa, verdaderamente raptada a los infiernos, no se puede enterrar pacíficamente a esta clase de héroes. Aquí, días de júbilo. Himnos de serena alegría. Allá los hombres caen por millones, tantos y tantos sin dejar siquiera esas huellas mortales que, pasados los años sobre ellas, van adquiriendo con escalofrío ese nombre de tan frágil y triste significado: restos. Es decir, lo más mínimo que podemos dejar sobre la tierra. Pues

allí, cuántos héroes y cosas sin residuos visibles, sin ni restos ni nada que amontonar, tan necesarios para nuestra veneración y consuelo.

Hermoso y corazonador es saber que de tí Julio Herrera y Reissig, un héroe solitario de la más imposible y pura poesía, quedan esos recuerdos de tu cuerpo -huesos que por ser tuyos guardarán todavía en sus finas canales algo del aire de tus torres y éxtasis-, como también es ejemplar y sorprendente presenciar que en la tierra, hundida en esos largos años de desprecio, aún existen un país y un Gobierno capaces de elevar a la gloria -su casa merecida- al más difícil de sus muertos.

Un poeta español de esa romera y sumergida España, la sola que puede amarte y comprenderte, aceptado a tu lado en este mediodía de tu luz, te saluda en la paz de tus cenizas, en la estrella de tu inmortalidad.